

La novela decimonónica española *por entregas* en traducción

Javier Villoria
Univ. de Almería

La novela fue el género literario por excelencia en el siglo XIX. Su desarrollo progresivo y creciente se debió a ser un género receptivo del ambiente social, muy apto para recoger y servir de apoyo a la evolución ideológica en ebullición, ya como vehículo portador de nuevas ideas estéticas o sociales, ya como simple medio de evasión.

El fuerte impulso que en Europa estaba dándose a la lectura, y que tuvo su lógico reflejo en la España decimonónica, se debió a la consolidación de una burguesía acomodada y con gran interés por la cultura, la creación de nuevas escuelas, el interés por la educación y un deseo por parte del público por instruirse y saber más. La gente (clases pudientes y acomodadas, pequeños burgueses, artesanos, estudiantes, militares y obreros) leía por entretenimiento, para satisfacer sus necesidades profesionales o, simplemente, por un afán de instruirse. En este interés por la lectura hay que contar con un sector que irrumpe con fuerza: la mujer. La presencia de la mujer en el mundo lector llevó a los editores a atender su demanda y crear una literatura propia o traducida con temas orientados en especial al público femenino.

En 1816, Mariano Cabrerizo, importante editor valenciano, se hacía eco de este interés al presentar su *Prospecto* a una colección de novelas:

El ansia de leer que generalmente se nota en todas las clases de la sociedad española es una prueba

evidente de los progresos que ha hecho entre nosotros la civilización del siglo y un presagio cierto de los adelantamientos que todavía deben esperarse. De aquí la utilidad de las novelas bien escritas: ellas son el encanto y el recreo de la sociedad y en donde, a vueltas del honesto placer, beben los jóvenes la instrucción proporcionada a su edad y los documentos de una moral pura¹.

A pesar de este manifiesto interés por la lectura, debemos tener presente que en el año 1857 la población aproximada de España era de unos 14 millones de habitantes, de los que escasamente el 10% de la población sabía leer y escribir. Esto nos lleva a afirmar que el número potencial de lectores estaba por debajo del millón de personas.

El resultado de la situación social descrita desembocó en una fiebre por la lectura y el consumismo literario. Fiebre que fue alentada por los editores con la creación de *Gabinetes de lectura*, siguiendo el ejemplo extranjero. Estos centros agrupaban a socios que, por una módica cuota mensual, podían leer periódicos españoles y extranjeros, libros y revistas. En su mayoría eran hombres los que solían acudir a estos centros. Los editores y las librerías importantes inauguraron sus propios gabinetes de lectura con fines propagandísticos y para captar nuevos suscriptores. Hoy todavía se puede examinar en la Biblioteca Nacional de Madrid un catálogo del Gabinete de lectura del librero-editor Moya de Málaga, publicado en 1870 y que lleva por título *Catálogo de la Biblioteca Gratis de Francisco de Moya*². En Madrid empezaron a abrirse estos gabinetes a principios de 1833. Su horario de apertura era de siete de la mañana a nueve de la noche.

Junto a estos gabinetes de lectura se crearon *las Galerías Literarias*, las bibliotecas³ o colecciones de novelas por entregas o suscripciones que

1. Ángel González Palencia (1935), *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España (1800-1833)*, Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga 1, Tomo II, pp. 336-339.

2. Málaga: Librería Universal, Imprenta de Gil de Montes, 104 pp.

3. Listado de las principales *Bibliotecas* que documentan los bibliógrafos de aquel tiempo. Solían publicar las novelas previamente aparecidas en los folletines de sus respectivos diarios. Las presentamos por orden cronológico de aparición:

Biblioteca Popular de "El Nacional" (Barcelona, 1840); *Folletín del "Diario de Barcelona"* (Barcelona, 1842-1872); *El Recreo Popular, colección escogida, portátil y económica, de las más interesantes novelas y obras instructivas, traducidas de los escritores más renombrados* (Madrid, 1845); *Biblioteca de "El Heraldo", Colección selecta y económica de las mejores obras de historia, política y literatura* (Madrid, 1845 a 1854); *Leyendas Populares. Colección de historias, tradiciones, artículos de costumbres, novelas y anécdotas* (Madrid, 1848); *Biblioteca de "El Diario de Avisos"* (Madrid, 1848); *La Pluma y el Lapicero. Colección de novelas escogidas españolas* (Madrid, 1849); *Biblioteca de "El Fénix"* (Valencia, 1850); *Biblioteca Popular de "El Nacional" de Barcelona* (Barcelona, 1851); *El Correo de Ultramar. Parte*

abarcaran un amplio espectro de lectura: historia, biografía, cuadros de costumbres y novelas. Ejemplo de una típica *Galería Literaria* es el que cita Hidalgo y que llevaba por título: *Galería Literaria. Colección Selecta de novelas, obras instructivas de ciencias y artes, originales y traducidas, de los primeros ingenios españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes*. Constaba de dos tomos mensuales de 200 a 220 páginas en 16º y que se vendían por suscripción. El editor era el conocido librero madrileño Aguado. Por otra parte el mismo Hidalgo documenta en su *Boletín Bibliográfico Español y Extranjero*⁴ unas veinte bibliotecas y treinta colecciones de novelas por entregas.

Para atender toda esta creciente demanda del público lector español se desarrolló una fuerte industria del libro, sobre todo en Madrid y Barcelona, que se convirtieron en auténticas fábricas de hacer libros. Cádiz, Valencia y Bilbao cuentan también con un número importante de imprentas, editoriales y librerías. Reginald Brown⁵ en su catálogo de publicaciones censa una larga lista de libreros, impresores y editores. M. Carmen de Artigas Sanz⁶ completa el listado de Brown y habla de unos cuatrocientos los que trabajaron en España hasta 1860. Y como la demanda del público era cada vez mayor, y la producción propia de los distintos editores se veía incapaz de atender las necesidades del mercado interno, surgió la necesidad imperiosa de recurrir a la traducción. Había que sacar al mercado muchos títulos en poco tiempo, lo que requería de los traductores o equipos de traductores un trabajo ingente que, naturalmente, llevada consigo dedicar poca o ninguna atención a la calidad del producto final.

En este período se leyó la novela con especial deleite. Pero la novela que realmente fue más popular en España en el siglo XIX, fue la novela *por entregas*, la mayor parte en traducción. Las entregas solían aparecer de

Literaria Ilustrada (París, 1853-56); *Biblioteca de "La Iberia"* (Madrid, 1854-1898); *Biblioteca Ilustrada de José Salvador, Editor* (Madrid, 1856-58); *Biblioteca de Instrucción y Recreo de "La Correspondencia Autógrafa"*, titulada más tarde de *"La Correspondencia de España"* (Madrid, 1856-62); *Biblioteca Literaria o Colección de Obras selectas, así instructivas como recreativas* (Madrid, 1857); *Mil y Un Folletines* (Madrid, 1857); *Biblioteca de "El Saldubense"* (Zaragoza, 1858-1860); *Biblioteca de "La Correspondencia"* (Madrid, 1867); *Biblioteca Moral de las Familias* (Madrid, 1867); *Biblioteca Económica Festiva* (Madrid, 1870-1890).

4. Madrid: Varias imprentas, 11 vols, 1840-1850.

5. Reginald Brown (1953), *La novela española 1700-1850*, Madrid: Servicio General de Archivos y Bibliotecas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional. Este listado aparece en las páginas 207 a 216. Sólo hace referencia a los libreros e impresores de Madrid, Valencia y Barcelona, que cita por orden cronológico de la apertura de sus negocios editoriales.

6. M^º Carmen de Artigas Sanz (1953), *El libro romántico en España*. Madrid: CSIC, 4 vols.

formas diversas: los periódicos de las casas editoriales publicaban diariamente las novelas traducidas en su *folletín*. Lo normal era que aparecieran por entregas semanales o mensuales, el primer lunes de la semana o el primer día del mes. También hemos hallado en la contraportada de la novela *Martín el espósito o memorias de un ayuda de cámara*, novela escrita en francés por Eugenio Sue y editada por la tipografía del editor madrileño Mellado en 1847 la siguiente información al suscriptor: "Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la Biblioteca, y cada pliego cuesta dos cuartos en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos a poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos, en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos o tomos, a su voluntad. Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 reales en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscriptores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que a razón de dos cuartos hacen una peseta. Se suscribe en Madrid en el *Gabinete literario*, calle del Príncipe, número 25. En provincias, en todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicación".

Por lo que respecta al número de suscriptores hemos documentado que el periódico *La Correspondencia* donde solían publicarse inicialmente las novelas en *folletín* llegó a editar 20.000 ejemplares. El número normal de entregas estaba en torno a las 10.000. Existe documentación que prueba que entre el año 1840 y 1860 el número de suscriptores osciló entre ocho y catorce mil. En la portada de la novela *Espartero* se indica que la obra había alcanzado los ocho mil en muy pocos días. Tenemos el caso del *Cristóbal Colón* que publicó Nombela en 1867 que alcanzó la cifra mágica de 25.000 suscriptores. Es muy difícil, por no decir imposible, saber el número de ejemplares de una novela por entregas, puesto que las no vendidas solían encuadernarse y venderse en tomos sueltos.

Las novelas por entregas podían llegar en determinados casos a las 2.000 páginas. Sin embargo la novela normal o típica, solía constar de dos tomos y de unas ochocientas páginas de treinta líneas, que raramente se acostumbraban a encuadernar⁷. Solían ir acompañadas de grabados,

7. Si bien es cierto que las novelas por entregas no se solían encuadernar, hay que dejar testimonio del número considerable de talleres de encuadernación que existían en Madrid y Barcelona, y que respondían a las demandas del público que pedía la encuadernación de libros. En 1819 se inauguró en Madrid el primer establecimiento litográfico. Al año siguiente el editor Brusi abrió otro en Barcelona. Está documentado que en 1826 aparece al frente del Real Establecimiento Tipográfico de Madrid el gran pintor José Madrazo.

estampas o láminas, casi siempre sin relación alguna con el texto, que solían ser utilizarlas por el público lector como adorno casero: las pegaba en las paredes, en el espejo, a la cabecera de la cama.

El poder adquisitivo y el sexo delimitaron la compra y lectura de libros. La novela popular tenía un número mayor de lectoras que de lectores, y éstas, casi en exclusiva, eran urbanas. El que no podía comprar un libro, que resultaba ser la inmensa mayoría del público lector español, compraba una entrega. Un lector con un salario de diez reales diarios no podía permitirse el lujo de gastar el jornal de un día en la adquisición de un libro. Pero sí una entrega que valía un real⁸.

Eran los editores los verdaderos autores de la novela por entregas. Ellos encargaban y ordenaban los títulos e imponían una forma de escribir. Julio Nombela y Tabares, que fue editor y escritor de novelas por entregas, confiesa en sus *Memorias* que los editores "imponen" el título de las obras y añade: "Esta ingerencia, en cierto modo depresiva, rezaba principalmente con los autores noveles: pero en cierto modo la justificaba el gran conocimiento de los gustos y aficiones del público que poseían los editores"⁹. Los escritores escribían para el editor, pero las entregas quedaban en su propiedad. Los autores por entregas cobraban bien el trabajo, pero lo vendían para siempre¹⁰.

-
8. El libro suelto solía alcanzar tiradas de tres mil ejemplares, pocas veces cuatro mil, y nunca menos de mil. El precio del libro suelto variaba según el número de páginas. Un libro de cien a doscientas páginas en 8º solía costar de cuatro a ocho reales entre 1840 a 1870. Antes de 1840 el precio solía ser más alto, de nueve a once reales. Después de 1870 el precio de un libro de ciento cincuenta a trescientas páginas, siempre en 8º, costaba de una a dos pesetas.
 9. También refiere Nombela cómo algunos capítulos eran escritos por colaboradores anónimos, sobre todo cuando el autor se encontraba enfermo o surgía algo inesperado que les impedía entregar el original con la debida anticipación para el reparto de cada semana. Para solucionar estas problemas solían añadir una cláusula en los contratos que autorizaba al editor a encargar la entrega a otro escritor que normalmente designaba el autor y, en caso extremo, al que el editor tuviera por conveniente para no paralizar la distribución semanal de las entregas. Nombela comenta su colaboración personal en estas circunstancias: "Este trabajo era violento, difícil, y me imponía un verdadero sacrificio cuando era preciso ganar tiempo. En aquellos casos el viernes por la noche, perdida por los editores la esperanza de contar con el original necesario para el reparto que debía hacerse el próximo lunes, me enviaban el aviso y los últimos cuadernos de la novela que yo debía continuar. Llamaba al taquígrafo, mientras llegaba leía las entregas para enterarme de la situación en que se hallaban los personajes de la novela, me trazaba el plan para cumplir mi cometido sin alterar la marcha de la acción que desconocía, dictaba durante cuatro o cinco horas hasta las doce o la una de la madrugada, el taquígrafo se llevaba las notas, velaba aquella noche y de la imprenta iban a recoger a su casa las cuartillas que había podido traducir. El resto lo llevaba él a la imprenta, y los cajistas componían a escape para que en la noche del sábado pudiera empezarse la tirada que solía terminar el domingo al anochecer. Los plegadores velaban y gracias a ellos el lunes estaba al servicio del público" (*Impresiones y recuerdos*. Tomo III, Madrid, pp.352 y 360).
 10. El editor pagaba al autor cinco duros por entrega y por semana. En las cincuenta entregas de la serie había cobrado doscientos cincuenta duros.

